

Javier Negrete

ROMA  
TRAICIONADA

OCTAVIO, MARCO ANTONIO  
Y LA DESTRUCCIÓN DE LA REPÚBLICA

# ÍNDICE

<i>Abreviaturas</i> .....	10
1. LOS IDUS DE MARZO .....	11
2. LA HERENCIA DEL DICTADOR .....	66
3. EL HIJO DE CÉSAR .....	109
4. INTERLUDIO .....	169
5. DE PROVINCIAS Y LEGIONES .....	178
6. LA GUERRA DE MÚTINA .....	229
7. TRIUNVIROS .....	288
8. FILIPOS .....	333
9. UN TRIUNVIRATO DE DOS .....	393
10. A LA CONQUISTA DE PARTIA .....	467
11. DOS SOLES PARA UN SOLO FIRMAMENTO .....	510
12. ACCIO: LA ÚLTIMA GUERRA DE LA REPÚBLICA .....	578
13. CODA ALEJANDRINA .....	619
<i>Epílogo</i> .....	667
<i>Bibliografía</i> .....	671
<i>Mapas</i> .....	679
<i>Cronología</i> .....	685

## LOS IDUS DE MARZO

### LA PESADILLA DE CALPURNIA

En las últimas horas de la madrugada del 15 de marzo del año 44,<sup>1</sup> en la mansión conocida como *Domus Publica*, junto al Foro de Roma, una mujer se agitaba en el lecho, presa de angustiosas pesadillas.

Cuando una violenta racha de aire hizo que los batientes de las puertas del dormitorio golpearan contra las paredes, el hombre que dormía a su lado abrió los ojos y se incorporó sobresaltado en el lecho.

Aquel hombre era Gayo Julio César.

Al ver que Calpurnia, su esposa, gemía en sueños y murmuraba palabras ininteligibles, César la despertó para preguntarle qué le ocurría. Tras los primeros segundos de confusión, Calpurnia le contó que había sufrido una horrible pesadilla en la que él era degollado y moría desangrado entre sus brazos (Suetonio, *César* 81; Plutarco, *César* 63).

El matrimonio ocupaba aquella mansión, propiedad del Estado, debido a que César era *pontifex maximus*, la más alta autoridad religiosa de la República. El de pontífice era tan solo uno de los muchos puestos y honores que ostentaba. A la sazón servía como cónsul por quinta vez, ejercía de censor y prefecto de las costumbres y se le había concedido

---

<sup>1</sup> Por defecto, todas las fechas son antes de Cristo. Las posteriores se indicarán como «d.C».

también el título de «padre de la patria». De todas las magistraturas y distinciones, no obstante, la que más facultades le otorgaba era la de dictador perpetuo, que se le había otorgado a principios de año.

Desde los tiempos remotos de la monarquía, nadie en Roma había acaparado jamás tanto poder como César. Se elevaba a tal altura sobre los demás que su condición empezaba a semejar más divina que mortal. Como muestra de esa singularidad sobrehumana, entre los honores más recientes que le había concedido el senado estaba el vistoso frontón que decoraba la entrada de su casa. Se trataba de un elemento arquitectónico propio de los templos, lo que implicaba que el ocupante de aquella morada era una especie de dios.

Ese mismo frontón se había derrumbado en la pesadilla de Calpurnia. Aunque aquella imagen no le había provocado tanto espanto como la de su marido acuchillado, no dejaba de ser un augurio funesto. La destrucción del santuario del cuasidivino César parecía presagiar su propia ruina.

Faltaba poco para amanecer, por lo que resultaba impensable dormirse de nuevo. Aterrorizada por el sueño, Calpurnia suplicó a su marido que se quedara en casa en lugar de asistir a la sesión del senado programada para esa misma mañana.

Como su esposa no era de naturaleza supersticiosa ni asustadiza, César se tomó en serio su preocupación. Se sumaba a ello que no se encontraba del todo bien. Según Apiano (GC 2.115), sentía una especie de escalofríos que tal vez se debieran a un acceso de fiebre.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> La salud del dictador en los últimos tiempos era delicada. Ya desde la Antigüedad se especuló con que padeciera de epilepsia. Según Suetonio (*César* 45), César sufrió en plena actividad política dos ataques de *morbus comitialis*: literalmente, «enfermedad de los comicios». Se consideraba tan mal presagio que alguien presentara uno de estos ataques durante la celebración de un acto público que este se suspendía.

Un libro reciente, *Julius Caesar's Disease: A New Diagnosis*, de los médicos F. M. Galassi y Hutan Ashrafian, apunta a que la epilepsia que se le atribuye a César en sus últimos años podría deberse en realidad a que estuviera aquejado de AIT, sigla de «accidentes isquémicos transitorios». Se trata de una serie de pequeños ictus reversibles cuyas secuelas no tardan en desaparecer. Estos ictus podrían haberle provocado

Ante aquella conjunción de señales naturales y sobrenaturales, el dictador se dejó convencer por Calpurnia. Con las primeras luces del día, despachó a un criado para que avisara a los senadores de su ausencia y se disculpara en su nombre.

Pasado un largo rato, los sirvientes de la mansión anunciaron la llegada de Décimo Bruto, amigo de César. Este lo recibió, sin extrañarse por lo temprano de su visita. Era una tradición romana muy antigua que allegados de posición subordinada se presentaran por la mañana en casa de los personajes importantes en el ritual conocido como *salutatio*. De este modo les rendían pleitesía o, cuando la relación era más estrecha, simplemente se interesaban por ellos.

Décimo Junio Bruto Albino, que provenía de una familia muy destacada en los últimos tiempos —tanto su padre como su abuelo habían sido cónsules—, se hallaba muy vinculado a César, a cuyas órdenes llevaba sirviendo desde los primeros tiempos de la guerra de las Galias. Antes incluso de cumplir los treinta años, Décimo había comandado la flota que en el 56, en unas aguas mucho más turbulentas que el Mediterráneo al que los romanos estaban acostumbrados, derrotó a los vénetos, dueños hasta entonces de la costa norte de la Galia. Gracias a esa victoria, la región conocida hoy día como Bretaña francesa cayó en poder de César y le sirvió de puente para cruzar el mar en las campañas posteriores contra la isla de Britania.

Décimo Bruto también había destacado combatiendo contra las tropas de Vercingetórix en el cerco de Alesia en el año 50, en plena rebelión general de la Galia. Se produjo durante aquel largo asedio una jornada crucial en la que César se jugó el todo por el todo, cuando tanto los sitiados como las fuerzas galas que habían acudido en su auxilio atacaron

---

a César pérdidas momentáneas de movilidad, crisis de ausencia e incluso cambios de comportamiento como las pérdidas de autocontrol y arrebatos de ira que señalan algunos autores al hablar de los últimos tiempos del dictador (*cf.* nota 8).

El padre de César falleció de forma repentina y relativamente joven mientras se agachaba para atarse los zapatos, lo que indica que debió sufrir un infarto o un derrame cerebral masivo, algo que podría explicar una tendencia hereditaria a enfermedades cerebrovasculares. Se trata de una hipótesis interesante; pero, como ocurre con tantas otras conjeturas sobre el pasado, casi imposible de demostrar.

las posiciones romanas simultáneamente desde el interior y el exterior del circuito de fortificaciones. En aquel apurado trance, Décimo lanzó un contraataque que, seguido poco después por una carga de caballería comandada por el mismo César, logró desbaratar la ofensiva enemiga. Aquella acción combinada entre ambos hombres decidió el curso de la contienda y, a la larga, de toda la campaña en la Galia.

Más tarde, durante la guerra civil, Décimo dirigió asimismo las operaciones navales que culminaron en la rendición de Masalia (Marsella), la ciudad más próspera y el puerto más importante del Mediterráneo Occidental, que se había pasado al bando de Pompeyo.

Como se ve, Décimo Bruto era un oficial decidido, resolutivo y eficaz, colaborador en buena parte de los éxitos militares de César. Este, para recompensarle, había hecho que lo nombraran pretor, cargo que desempeñaba en aquel momento.

Tanto los pretores como los cónsules, magistrados con la capacidad de poder ejecutivo conocida como *imperium*, recibían al terminar su mandato anual el mando de una provincia. En el caso de Décimo, César había conseguido que se le otorgara el gobierno de Galia Cisalpina para el año siguiente, el 43.

Según las leyes y costumbres de la República, habría debido ser la asamblea del pueblo, reunida en los comicios por centurias o *comitia centuriata*, la que eligiera a Décimo como pretor. Después, el senado tendría que haberle asignado la provincia correspondiente. Pero en aquellos momentos César, que se había convertido en auténtico amo de Roma tras vencer en la larga guerra civil contra Pompeyo y sus partidarios<sup>3</sup>, gozaba

---

<sup>3</sup> Aquella contienda enfrentó a dos facciones: los *optimates*, más conservadores y oligárquicos y defensores a ultranza de la autoridad del senado, liderados en lo militar por Pompeyo y en lo ideológico por Catón el Joven; y los *populares*, que buscaban el apoyo de las asambleas del pueblo y defendían políticas reformistas y medidas que favorecían más a la plebe, y cuyo paladín era César. Aunque el uso de estos dos términos se extendió más a partir de mediados del siglo I a.C., sobre todo con Cicerón, el conflicto entre ambas facciones venía de mucho antes.

Hay que tomar en cuenta que no se trataba de partidos organizados ni sujetos a afiliación ni disciplina de voto, sino de grupos de hombres poderosos que se aglutinaban por intereses personales y también por relaciones familiares; intereses

de tal poder que se había repartido con las asambleas populares los nombramientos por debajo del consulado: la mitad de los cargos los designaba él y la mitad el pueblo —los cónsules eran competencia exclusiva suya—. Al menos, disimulaba su imposición con cierta elegancia, ya que antes de las elecciones enviaba a los votantes una circular en los siguientes términos: «César, dictador, a tal tribu. Os recomiendo a este y al otro, para que con vuestro voto alcancen su cargo». (Suetonio, *César* 41). Por supuesto, sus «recomendaciones» eran obedecidas.

La prepotencia de César despertaba cada vez más resentimiento entre los senadores. Unos se ofendían porque quedaban fuera del reparto. Otros se sentían humillados al ser conscientes de que no le debían los cargos al propio mérito de cada uno, sino al favor o a la condescendencia de César. Este se consideraba tan por encima de los demás que o bien no captaba las señales de descontento o bien, simplemente, las desdeñaba. No es de extrañar, puesto que se le tributaban honores más propios de una divinidad que de un mortal: el frontón ya mencionado en su casa; un trono recubierto de pan de oro; un estrado perpetuo en la orquesta del teatro; un carro para entrar a lo grande en los juegos del Circo Máximo; una estatua entre los antiguos reyes. ¡Incluso el nombre de un mes, privilegio del que entre los dioses solo gozaban Jano, Marte y Juno!

Cuando César le explicó a Décimo que se encontraba indispuesto y que había decidido quedarse en casa, su visitante trató de convencerlo para que hiciera un esfuerzo y asistiera a la reunión. Al fin y al cabo, argumentó, era el propio César quien la había convocado. Faltar a ella supondría una falta de respeto para los senadores que ya estaban aguardando en el teatro de Pompeyo.

Y la situación política no estaba como para que César se permitiera a la ligera un gesto de menosprecio.

Un mes antes, en las fiestas Lupercales, Marco Antonio, hombre de confianza de César y actual colega suyo en el consulado, le había ofreci-

---

y relaciones que podían fluctuar y que explican que se produjeran frecuentes cambios de bandos y lealtades. Pompeyo y César habían sido aliados, amigos y parientes políticos hasta que la muerte de Julia, hija de César y esposa de Pompeyo, sumada a los celos de este último, separaron a los dos prohombres.

do una diadema real. Aquello suscitó un escándalo, ya que la palabra *rex*, «rey», provocaba auténticas náuseas entre los ciudadanos.

En el año 509, los romanos habían expulsado al último de los monarcas, Tarquinio, debido a los abusos que le hicieron ganarse el epíteto de «el Soberbio», como ejecutar a senadores sin juicio o forzar a ciudadanos libres a excavar la Cloaca Máxima y ampliar las gradas del Circo Máximo a golpe de látigo, como si fueran esclavos. Si se examinan las crónicas de su reinado no es fácil encontrar muchas más pruebas de que su comportamiento fuera tan despótico. En realidad, la gota que colmó el vaso de la paciencia de sus súbditos no la derramó él, sino su hijo Sexto. Llevado por la lujuria y convencido de que quedaría impune, violó a la matrona Lucrecia, esposa de su propio primo, Colatino, y provocó que ella se suicidara ante su marido y otros amigos, entre ellos Lucio Junio Bruto. Sería este el principal artífice de la revuelta que acabó con la expulsión de la ciudad de Tarquinio y su familia más cercana.

Después de aquello, los romanos juraron que jamás se dejarían gobernar por otro rey. Desde entonces, las clases dirigentes de Roma fueron edificando un régimen político muy complejo, basado en un equilibrio de instituciones y leyes que se contrapesaban entre sí. Salvo el puesto de dictador, no existía ningún cargo que se desempeñase en solitario. Todos se ejercían de forma colegiada, empezando por los dos cónsules, que compartían la magistratura más elevada. Ambos poseían la misma autoridad y podían vetar las decisiones del otro. El sistema entero estaba diseñado para impedir que ningún individuo acaparase el poder.<sup>4</sup>

Pero acaparar era justo lo que estaba haciendo César. Honores, cargos, distinciones y competencias iban recayendo en él, una insaciable Caribdis que engullía todo lo que acarreaba prestigio y poder.

El caso más extremo era el de la dictadura. Este cargo, que aunaba en una sola persona los poderes de los dos cónsules y gozaba de autori-

---

<sup>4</sup> Si bien se conoce este régimen como República, término que da nombre a este periodo por oposición a la Monarquía y al Imperio, los gobernantes imperiales desde Augusto siguieron hablando de *res publica* —«cosa pública»— pese a que resultaba evidente que se encontraban, de forma apenas encubierta, ante una nueva monarquía.

dad sobre ellos, se creó en los primeros tiempos de la República como último recurso ante situaciones de gravísima emergencia. Duraba un máximo de seis meses, de tal modo que el individuo elegido no tuviera tiempo de arraigar en el puesto, tomarle el gusto y abusar de él.<sup>5</sup> Los demás aristócratas solo aceptaban someterse al enorme poder del dictador porque sabían que se le confería para una misión concreta y por un tiempo limitado: una especie de enfermedad que dolía, pero que se pasaba.

César ya había desempeñado tres veces este puesto: la primera en 49 por unos días, con la misión de organizar las elecciones consulares; la segunda en 48 para un año y la tercera en 45 para diez, que ya era un plazo exagerado, casi inconcebible para los romanos. Ahora acababa de ser nombrado dictador perpetuo, un hecho único en la historia de la ciudad. A estas alturas, aunque no ostentara el nombre de rey, sus poderes recordaban más a los de un monarca oriental que a los de un magistrado de la República. Su dictadura no era una enfermedad pasajera, sino que se había convertido en una realidad permanente, una infección que amenazaba con pudrir los cimientos y las vigas que sustentaban el edificio de la República.

Pero dictador no era rey. O eso fingían creer muchos. Él el primero.

Experto en el manejo de las palabras —como puede certificar cualquiera que lea sus *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, un prodigio de la crónica militar y de la autopropaganda—, César no ignoraba el rechazo que el término *rex* despertaba entre los romanos. Acusar a los rivales políticos de pretender la corona se había convertido en un recurso casi tan fácil y manido como tildarlos hoy día de fascistas. Unas cuantas generaciones antes, la calumnia de que querían conver-

---

<sup>5</sup> Los romanos consideraban ejemplar la actitud de Lucio Quincio Cincinato, que en el año 458, tras cumplir su misión salvando al ejército romano de ser aniquilado por los ecuos, renunció a la dictadura cuando llevaba apenas quince días en el cargo. Su leyenda alcanzó tanto prestigio en la tradición clásica que siglos después se formó en los recién nacidos Estados Unidos la llamada Sociedad de los Cincinnati, que defendía los mismos ideales de servicio desinteresado a la nación que ejemplificó el dimitido dictador. Formada por soldados-ciudadanos como el propio Cincinato, su primer presidente fue George Washington. El nombre de la ciudad de Cincinnati, en el estado de Ohio, se debe a esta sociedad.

tirse en reyes había servido para asesinar impunemente a los hermanos Tiberio y Gayo Graco, que se habían enemistado a la mayoría más conservadora del senado con sus reformas políticas. Sus muertes, en 133 y 121 respectivamente, habían sido disfrazadas como ejecuciones por el bien de la República.

Consciente de todo ello, en las fiestas Lupercales César rehusó por dos veces la diadema que le ofrecía Marco Antonio e incluso se enfadó con él. «¡El único rey de los romanos es Júpiter!», exclamó, ordenando que llevaran la corona al templo del dios en el Capitolio y la consagraran allí. Pese a la vehemencia de aquel rechazo, mucha gente estaba convencida de que todo había sido una farsa orquestada con Antonio para disimular delante del pueblo y de que, en realidad, César estaba deseando ceñirse aquella corona y convertirse en rey.

La convicción de esa gente se expresó en una pintada que apareció por aquellos días en el pedestal de una de las estatuas de César:

Bruto, por haber expulsado a los reyes, fue el primero en ser elegido cónsul.

César, por haber expulsado a los cónsules, fue a la postre nombrado rey. (Suetonio, *César* 80).

## LA CAMPAÑA DE ORIENTE

Para empeorar las cosas, se estaba propalando un rumor todavía más dañino para los intereses del dictador.

Se decía que en la reunión del senado del 15 de marzo iba a tomar la palabra un primo de César, Lucio Aurelio Cota. Cota era uno de los quindecenviros, miembros de un colegio de quince sacerdotes que, entre otras misiones, custodiaban los Libros Sibilinos. Al parecer, había encontrado en ellos una profecía según la cual tan solo un rey podría derrotar a los partos, el único pueblo que constituía una amenaza real para Roma en aquel tiempo.

¿Y quién estaba a punto de emprender una campaña contra los partos?

César.

### LOS LIBROS SIBILINOS

Durante el reinado de Tarquinio el Soberbio (534-509), se presentó ante él una anciana profetisa que le ofreció nueve libros escritos en hojas de palma. Según la mujer, contenían oráculos e instrucciones que resultarían muy útiles para aplacar la ira de los dioses si alguna desgracia se abatía sobre Roma.

El precio que pidió la sibila era desmesurado. Tarquinio se negó a pagar y se burló de ella diciendo que la edad le había hecho perder la cordura.

La mujer no solo se negó a rebajar el precio, sino que quemó tres de los nueve libros y reclamó la misma cantidad por los seis restantes.<sup>6</sup> A Tarquinio le seguía pareciendo muy caro y volvió a rechazar la oferta. Sin alterar el gesto, la sibila destruyó otros tres volúmenes y mantuvo el precio.

Tarquinio, impresionado por la serenidad de la anciana, comprendió que no trataba con una demente y que aquellos libros debían de ser realmente valiosos. A regañadientes, aceptó pagar el precio completo por los tres que quedaban. Una vez los tuvo en su poder, ordenó que los guardaran en los sótanos del templo de Júpiter Capitolino, dentro de un pesado arcón de piedra.

En el año 83, durante la Guerra Social que enfrentó a Roma con sus aliados itálicos, el templo de Júpiter sufrió un devastador incendio que lo redujo a cenizas, y los libros originales —si es que seguían existiendo y no eran ya copias— se perdieron. Con el fin de reemplazarlos, se buscaron textos similares en las ciudades griegas de Italia y Sicilia, y también en lugares más lejanos como Samos, Ilión (Troya), Eritras y diversas poblaciones de África. Años después, en el 12, Augusto trasladaría los libros al templo de Apolo



<sup>6</sup> En Plinio, *HN* 13.88, son tres los libros que ofrece la Sibila, dos los que quema y uno el que al final vende a Tarquinio por un precio *immensum*. La historia de los nueve volúmenes aparece en Aulo Gelio 1.19.

en el Palatino, no sin antes encargar una copia para evitar que se perdieran de nuevo.

Los volúmenes se hallaban bajo la custodia de diez magistrados, los decenviros, que en época de Sila se convirtieron en quince, llamados desde ese momento quinceviro. Cada vez que Roma se veía en situaciones de grave emergencia, estos varones consultaban los libros para saber qué se debía hacer. Como los textos estaban escritos en hexámetros griegos, contaban con la ayuda de traductores helenos para interpretarlos.

Los Libros Sibilinos no predecían el futuro, sino que aconsejaban qué medidas tomar con el fin de aplacar la ira de los dioses o propiciarse su buena voluntad. A veces aconsejaban levantar un santuario, o incluso introducir un nuevo culto a un dios extranjero, como ocurrió con Cibeles durante la Segunda Guerra Púnica.

En alguna ocasión las medidas que recomendaban los decenviros tras consultar los libros eran terriblemente duras. Por ejemplo, en el año 216, en plena guerra contra Aníbal, se llegó al extremo de enterrar vivos a dos galos y dos griegos de ambos sexos en el Foro.

A sus cincuenta y seis años, César había librado más batallas que ningún otro general de la historia de Roma, combatiendo de un extremo a otro del Mediterráneo, allende el Rin e incluso en la nublada y misteriosa Britania. Sin embargo, aunque se había ganado de sobra el descanso como militar, la jubilación no entraba en sus planes. Al otro lado del Adriático, en Apolonia, se estaban congregando varias legiones. César tenía pensado partir de Roma en tres días para cruzar el mar y reunirse con aquel ejército.

La campaña en ciernes tenía, como primer objetivo, lanzar una expedición de castigo contra Burebista. Este caudillo dacio llevaba años creando un poderoso reino entre el mar Negro, el Danubio y los Cárpatos, y sus tentáculos se extendían cada vez más hacia el sur y hacia el oeste.

En su primer año como procónsul (58), César ya había planeado actuar contra Burebista. Si no llegó a hacerlo en aquel momento fue porque

las migraciones de las tribus helvéticas primero y germánicas después, sumadas a su propio afán de gloria y botín, lo llevaron a concentrarse en la conquista de la Galia. Ahora, catorce años después, consideraba que había llegado el momento de combatir al caudillo dacio. Este no solo seguía creándole problemas a Roma, sino que además, lo que resultaba más ofensivo para César, había apoyado a su rival Pompeyo en la guerra civil.

El verdadero objetivo de aquella expedición, no obstante, era mucho más ambicioso y estaba relacionado con la supuesta profecía de los Libros Sibilinos que pensaba mencionar Aurelio Cota ante el senado.

## PARTIA

Aquel vasto reino, heredero del antiguo Imperio persa, se extendía desde el río Éufrates hasta el actual Pakistán y abarcaba una superficie de casi tres millones de kilómetros cuadrados. De los estados que compartían fronteras con Roma, Partia, sin ser tan poderoso como para poner en peligro la propia existencia de la República, era el único con entidad suficiente para amenazar la seguridad de sus provincias orientales.

Unos años antes, en 53, los partos habían infligido una severa derrota a un ejército romano comandado por Marco Licinio Craso, socio y amigo de César. Carras, el lugar donde se libró la batalla, se convirtió desde entonces en un nombre ominoso para Roma, que perdió allí treinta mil hombres entre muertos y prisioneros. Para agravar la humillación, el general parto Surena se apoderó de un buen número de águilas y estandartes, los emblemas sagrados que representaban el espíritu de las legiones. No contento con ello, cuando le entregaron la cabeza cortada de Craso, Surena vertió oro fundido en su garganta para burlarse de su codicia, ya que el general romano tenía fama de amar el dinero por encima de todo. Para añadir más escarnio a su muerte, esa cabeza fue llevada al rey parto, Orodes II, como regalo durante la boda de su hijo Pácoro con la hija del rey armenio Artavasdes. En los festejos se representaba la obra *Las bacantes* de Eurípides. Un actor llamado Jasón tomó la cabeza de Craso, como si fuera la calavera del famoso monólogo de Hamlet —en realidad, fingieron que se trataba de la cabeza de Penteo, arrancada por las furiosas bacantes del título de la obra— y le recitó los siguientes versos:

Traemos de la montaña  
 una guirnalda recién cortada para adornar el hogar,  
 una preciosa presa de caza.<sup>7</sup>

César estaba decidido a resarcirse de la ignominiosa muerte de su aliado y a recuperar las enseñas perdidas. Pero su campaña no buscaba únicamente obtener la venganza, sino también mantener la seguridad de las fronteras orientales. Los principales problemas en esa zona los estaba causando Quinto Cecilio Baso, un oficial pompeyano que, después de la derrota de Farsalia, se había instalado en la ciudad fenicia de Tiro. Desde allí, aunque no tenía contacto con el resto de las fuerzas pompeyanas que seguían resistiendo en África e Hispania, Baso instigó una revuelta contra el gobernador Sexto Julio César, primo del dictador.

Sexto acabó asesinado por sus propias tropas y Baso, asumiendo por su cuenta el título de pretor, se hizo fuerte en Apamea, una ciudad siria situada a algo más de cien kilómetros al sur de Antioquía. Allí lo sitió Gayo Antistio Véter, el nuevo general enviado por César. Baso buscó aliados, entre los cuales encontró a los partos. En diciembre de 45, el príncipe Pácoro, hijo del rey parto Orodes, acudió en ayuda de Baso y consiguió salvarlo del asedio, tal como el propio Antistio Véter le explicó a Cicerón en una carta (Cicerón, *Át.* 14.9). Como diría el orador, aunque con bastante retraso —su carta a Ático era de abril—, «me parece que la guerra allí es inminente».

Aparte de estos motivos de venganza y seguridad, es posible que a César lo inspirara también el ejemplo de Solón. El sabio ateniense, que había introducido importantes cambios en la constitución de su ciudad en 594, estaba harto de que sus compatriotas lo importunaran con quejas y sugerencias para reformar sus propias reformas. Por ello decidió realizar un largo viaje por el extranjero. Antes de ello hizo prometer a los atenienses que durante su ausencia —nada menos que diez años— no modificarían sus leyes. Su intención era que a lo largo de esa década se acostumbraran a los cambios.

---

<sup>7</sup> *Bacantes* 1169 y ss. La escena la narra Plutarco, *Craso* 33.

Seguramente César, que había introducido muchas más reformas que Solón, se hallaba tan hastiado como él de verse enredado en interminables intrigas políticas; en el caso de Roma, mucho más complicadas tanto por el número de participantes como por la magnitud del poder y de las riquezas que se manejaban a diario. La vida castrense, con su disciplina directa y su rutina sencilla, debía de suponer para César un reclamo tan poderoso como el canto de las sirenas. Al fin y al cabo, llevaba desde los treinta y ocho años mandando tropas, y la estrategia militar se le daba mejor que las componendas políticas, para las que cada vez tenía menos paciencia.<sup>8</sup>

Con vistas a la campaña de Oriente, ya se habían reunido en Apolonia seis legiones. La intención de César era sumarles diez más. A ellas se añadirían diez mil jinetes, un gran número de arqueros y todo tipo de unidades de infantería ligera especializada. De esta manera, con un ejército mucho más flexible y móvil, podría contrarrestar la superioridad de la afamada caballería parta. Las cargas y retiradas de sus jinetes, entre diluvios de flechas —eran capaces de disparar incluso al alejarse, girándose sobre su montura mientras la controlaban con los muslos en el llamado «disparo parto»—, habían supuesto una auténtica pesadilla para los legionarios de Craso que, cargados con sus pesadas armaduras, veían cómo los enemigos se les escapaban sistemáticamente cuando trataban de acometerlos.

Por otra parte, César tenía previsto excavar un canal en el istmo de Corinto para unir las aguas de los golfos Sarónico y Corintio. De este modo, las líneas de suministro entre Italia y Asia se ahorrarían los ocho o diez días que los barcos tardaban en circunnavegar el sur de Grecia.

---

<sup>8</sup> Un ejemplo de que César cada vez soportaba peor todo lo que no fuera asentimiento y pleitesía lo ofreció su comportamiento con el tribuno Poncio Aquila. Durante uno de sus triunfos, cuando César pasó ante el estrado donde se sentaban los diez tribunales en el Foro, Aquila fue el único que no se puso en pie a su paso, gesto que le molestó profundamente. Desde entonces, cada vez que hablaba en público y proponía algo añadía: «Si le parece bien a Poncio Aquila, claro». (Suetonio, *César* 80).

### EL CANAL DE CORINTO

Como señala Plinio (*HN* 4.5.10), no fue César el único que pensó en este proyecto: antes que él lo planeó el rey macedonio Demetrio Poliorcetes, famoso por su afición a las obras de ingeniería a lo grande, y después lo intentarían Calígula y Nerón.

Desde antiguo existía en el istmo el llamado *diolkos*, una especie de carril de unos siete kilómetros de longitud, con dos surcos separados por metro y medio a modo de raíles. Por él se hacían circular barcos de pequeño tamaño sobre troncos lubricados con sebo o sobre plataformas provistas de ruedas, bien fuera recurriendo a tracción animal o humana. Pero aquel sistema no resultaba práctico para operaciones militares de gran envergadura como la que planeaba César. Por eso hizo que sus ingenieros estudiaran la posibilidad de perforar un canal. Aquella obra, que habría dejado pequeño a su afamado puente sobre el Rin, nunca se llevó a cabo. Lo mismo ocurrió con el proyecto de Calígula. En el caso de Nerón, el propio emperador inauguró las obras a la manera de un político actual, dando los primeros golpes con el pico. La perforación, dentro de las dificultades titánicas que ofrecía el lugar, avanzó bastante, con excavaciones simultáneas desde el este y el oeste de las que los arqueólogos han encontrado dos grandes zanjas y hasta veintisiete pozos de perforación. El proyecto tal vez habría llegado a buen puerto de no ser por la muerte del emperador. Finalmente, el canal que existe en la actualidad se inauguró en 1894.

¿Qué ocurriría con las magistraturas en ausencia de César? ¿Iba a permitir este que las asambleas eligieran libremente a los candidatos? La respuesta es negativa: incluso eso pensaba dejarlo atado y bien atado. Para ello, se decidió —«se» no deja de ser un eufemismo— designar de antemano magistrados para los tres años que se calculaba que harían falta para la campaña de Oriente.

Al menos, esa era la teoría. La realidad es que, aunque para el año 43 las magistraturas principales, incluido el gobierno de algunas provincias,

quedaron perfectamente organizadas, para el 42 César solo dejó nombrados cónsules y tribunos (Dion Casio 43.51).

La escala y la concienzuda antelación de aquellos preparativos parecían implicar que el verdadero propósito del dictador, más allá de recuperar las águilas perdidas y asegurar las fronteras, era conquistar Partia. Una empresa así lo convertiría en un nuevo Alejandro. El ejemplo de este llevaba siglos inspirando a generales de muchos pueblos, entre ellos al romano. El propio César, cuando era un joven cuestor en Gades, había llorado emocionado ante un busto de Alejandro, pensando que este, a la misma edad que él, ya había conquistado medio mundo. Años después, en Alejandría, al otro extremo del Mediterráneo, tuvo ocasión de contemplar el sepulcro del rey macedonio y admirar las glorias de su ciudad. Sin duda, aquello despertó en él sueños de una grandeza personal que eclipsaría incluso a la que había alcanzado conquistando la Galia.

Del mismo modo que Tito Livio en el libro 9 de *Ab urbe condita* especuló con lo que habría podido ocurrir si Alejandro no hubiera muerto tan joven en Babilonia y se hubiese enfrentado a Roma —y al hacerlo escribió la primera ucronía de la historia—, sería lícito hacer conjeturas con lo que habría pasado si César hubiera lanzado su campaña contra los partos. Como señala Adrien Goldsworthy en su biografía del general romano: «No podemos decir si la campaña parta habría triunfado o no. Los pasados logros militares de César sugieren que sí, siempre y cuando su energía y destreza —por no hablar de su buena suerte— no le hubieran abandonado por completo».<sup>9</sup>

En cualquier caso, resulta imposible saberlo.

Aquella campaña jamás llegó a celebrarse.

## LA CONSPIRACIÓN

En la *Domus Publica*, Décimo seguía porfiando con César. «Si explicamos a los senadores que, ahora que ya están sentados en sus bancos, deben disolver la sesión y reunirse en otro momento, cuando a Calpurnia se le

---

<sup>9</sup> César. *La biografía definitiva*, p. 631.

presenten mejores sueños, ¿qué dirán tus enemigos? ¿Y quién hará caso a tus amigos cuando digamos que esto no es servidumbre ni tiranía? Si estás decidido a declarar nefasto<sup>10</sup> este día, será mejor que vayas en persona para comunicárselo al senado» (Plutarco, *César* 64).

Al final, César se dejó convencer, ya que confiaba plenamente en Décimo. La víspera había cenado con él y con otros amigos en casa de Marco Emilio Lépido, quien a la sazón era su lugarteniente o *magister equitum*. En aquellos banquetes —reuniones a menudo limitadas a varones<sup>11</sup> que cenaban recostados en los divanes de tres plazas conocidos como triclinios—, se conversaba acerca de lo divino y lo humano mientras se bebía vino más o menos rebajado con agua. En esta ocasión, los comensales debatieron sobre qué tipo de muerte prefería cada uno. Cuando le llegó el turno a César, opinó: «Una que llegue de forma inesperada».

Si realmente lo pensaba, su deseo se iba a ver colmado en breve. El mismo Décimo Bruto que había compartido triclinio con él, su amigo y colaborador desde hacía tanto tiempo, formaba parte de una conjura para asesinarlo.

La visita de Décimo no era casualidad: lo habían enviado allí los demás conspiradores, que se habían puesto extremadamente nerviosos al saber que César no pensaba presentarse ante el senado. Aquella sesión, celebrada en los idus de marzo —nombre de origen etrusco que significaba «partición» y con el que los romanos denominaban la fecha central

---

<sup>10</sup> En realidad, el senado podía reunirse en cualquier fecha, pero se procuraba que las sesiones se celebraran en *dies fasti*; es decir, aquellos en los que era acorde a la ley divina (*fas*) celebrar todo tipo de actividades, incluidas las políticas y judiciales. Por el contrario, los *dies nefasti* eran aquellos en los que, por estar consagrados a los dioses, algunas actividades se hallaban restringidas; en particular, los pretores no debían administrar justicia.

<sup>11</sup> No siempre era así. El hecho de que participaran mujeres en los banquetes o *convivia* era algo mucho más tolerado en Roma que en Grecia. Como ejemplo de la diferencia de hábitos, véase Cicerón *Contra Verres* 2.1.66, cuando un padre de la ciudad helena de Lámpsaco, al requerimiento de un tal Rubrio para que haga venir a su hija al festín, contesta con severidad que «entre los griegos no es costumbre que las mujeres tomen parte en los banquetes de los varones», dando a entender que entre los romanos sí.

del mes—, sería la última antes de que el dictador partiera para su campaña oriental.

En aquel momento, César era vulnerable. Poco tiempo antes, confiado en el juramento de lealtad y protección que le había brindado el senado (Dion Casio 44.7) había despedido a la nutrida escolta de guerreros hispanos que hasta entonces lo protegía.<sup>12</sup> Una vez que asumiera el mando como general, las cosas cambiarían: fuera de Roma, se hallaría rodeado a todas horas de hombres armados y resultaría prácticamente imposible atacarlo.

Había que actuar cuanto antes o sería demasiado tarde.

Y lo mejor era aprovechar una reunión del senado.

En las primeras reuniones, los conspiradores habían barajado diversas posibilidades. Por ejemplo, atacar a César en el campo de Marte, cuando se celebraran los comicios. Su idea era aguardar a que el dictador subiera al *pons suffragiorum* —el puente o pasarela por donde subían los ciudadanos cuando depositaban sus votos— para inaugurar oficialmente la asamblea. Se dividirían en dos grupos, uno a cada lado de la pasarela, lo tirarían al suelo desde allí arriba y acabarían con él.

Otra opción que se sopesaron era la de darle muerte mientras recorría la Vía Sacra, o a la entrada del teatro. Pero en esos casos siempre habría gente cerca, y muchos de ellos serían miembros del pueblo llano, admiradores de César que, aunque no logran impedir su muerte, probablemente la vengarían en el acto.

Como escenario, una sesión del senado ofrecía grandes ventajas. Debido a su dignidad de cónsul y dictador, César tenía que sentarse en su silla curul, algo apartado de los demás, en lugar de hombro con hombro

---

<sup>12</sup> Según Cicerón, que en una carta de diciembre se quejaba de haber tenido que brindar hospitalidad al dictador y a su séquito en una de sus villas, el cortejo sumaba dos mil personas, un pequeño ejército: «Cuando llegó a casa de Filipo, la villa estaba tan atestada de soldados que casi ni quedaba un salón donde el mismo César pudiera cenar. ¡Nada menos que dos mil hombres!» (*Át.* 13.52). Esto no quiere decir que acompañaran a César sistemáticamente dos millares de escoltas como aparece en algunos textos. En aquella ocasión, se trataba de un viaje a Campania, probablemente para inspeccionar el proceso de asentamiento de veteranos, y algunos de esos hombres se quedarían allí como colonos.

con los otros senadores que se acomodaban en el graderío. Por otra parte, los conspiradores daban por supuesto que en el senado contarían con más simpatizantes, o al menos más indiferentes, mientras que en un comicio, donde César era muy popular, les resultaría más difícil no solo tener éxito en su empresa, sino incluso salir vivos.

La oportunidad estaba decidida. Los medios también: puñales, fáciles de esconder bajo las voluminosas togas.

Oportunidad, medios. Un fiscal quería conocer además el móvil. ¿Cuál era el de aquellos hombres?

Entre los cerca de sesenta senadores que formaban aquel grupo existían motivos variados para desear la muerte de César. Algunos mantenían desde hacía tiempo rencillas personales contra él; por ejemplo, el mencionado tribuno Poncio Aquila. Otros consideraban que el dictador no les había otorgado suficientes honores: tal era el caso de su antiguo legado Minucio Basilo, al que después de ser pretor en 45 recompensó con dinero en lugar de otorgarle una provincia. Y no faltaban quienes se habían convencido a sí mismos de que actuaban impulsados por ideales puros.

Entre estos últimos destacaba quien sería considerado el líder ideológico de la conspiración. Marco Junio Bruto, el más famoso de los juramentados, el mismo que inspiraría versos inmortales a Shakespeare, compartía *gens* con Décimo y era, por tanto, pariente suyo. Como tal, descendía de un ilustre linaje que había alcanzado el culmen de su gloria en los albores de la República. Su remoto antepasado, Lucio Junio Bruto, había formado parte también de una conjura contra un tirano: en su caso fue para derrocar al último rey, Tarquinio el Soberbio. El paralelismo entre ambos Brutos sería mencionado en numerosas ocasiones.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> En el Capitolio se alzaba una estatua de bronce de Lucio Junio Bruto, con una espada desenvainada. Seguramente, el modelo era el de las estatuas de los tiranicidas atenienses, Harmodio y Aristogitón —asesinos del tirano Hiparco en 514—, que también empuñaban sendas espadas, y que se utilizaban como ejemplo constante en los ejercicios retóricos en contra de la tiranía. Es curioso que la fecha en que los atenienses expulsaron a su último tirano —Hipias, hijo de Iparco— y los romanos a su último rey estén tan cercanas: 510 y 509 respectivamente.

La relación entre Bruto y César era complicada. Por una parte, debido a que Bruto era hijo de Servilia, antigua amante de César, las malas lenguas comentaban que el dictador era su padre. Aquellos rumores carecían de fundamento: la diferencia de edad entre ambos hombres era de catorce o quince años a lo sumo, y ni siquiera el seductor César había sido tan precoz. En cualquier caso, Servilia intentó que su hijo se llevara bien con el dictador y que abjurara del bando pompeyano. Años antes, incluso había previsto casarlo con la hija de César. Plan que se frustró porque Julia acabó convirtiéndose en esposa de Pompeyo con el fin de cimentar la alianza entre los dos grandes hombres.

Por otra parte, Bruto era sobrino materno de Catón el Joven y al mismo tiempo su yerno, ya que estaba casado con su hija Porcia. De entre los enemigos con los que se enfrentó César a lo largo de una carrera en la que nunca sufrió escasez de adversarios, Catón fue el más encarnizado. En la guerra civil combatió en el bando pompeyano y fue uno de sus líderes principales. Tras la derrota de su bando en la batalla de Tapso decidió darse muerte, pues se negaba a brindarle a César el placer de que le ofreciera su tan cacareada clemencia.

El suicidio de Catón estuvo a la altura del durísimo carácter de aquel personaje. Primero se arrojó sobre su espada, *more romano*, «según la costumbre romana». En su intento no logró perforar ningún órgano vital, por lo que no falleció instantáneamente. Uno de sus esclavos tuvo tiempo de avisar a un médico para que le suturara la herida. Sin embargo, en cuanto se quedó solo, Catón se despegó los vendajes, se arrancó los puntos y se sacó los intestinos con sus propias manos.

En esta ocasión no sobrevivió.

Bruto admiraba a su tío, hasta el punto de que escribió un panfleto en honor de sus principios en la época en que César ya controlaba todas las palancas del poder. No obstante, no llevaba tan lejos como él sus ideales. Aunque también había abrazado el bando de Pompeyo, tras la derrota de este en Farsalia escribió una carta pidiendo perdón a César. El gran hombre no se limitó a concedérselo de buen grado, sino que le entregó además el gobierno de la Galia Cisalpina en 45 e hizo que lo eligieran pretor para el año 44.

En realidad, cuando el conflicto que desencadenó la guerra civil se hallaba en plena escalada, todavía no quedaba claro en qué bando mili-

taría Bruto. Pese a que sus ideas tradicionalistas se alineaban más con la facción conservadora del senado, existía un motivo de enemistad personal entre él y Pompeyo, y no precisamente baladí.

En el año 77, el padre de Bruto había apoyado la revuelta del cónsul Lépido, padre del amigo de César que ejercía ahora de *magister equitum*. Bruto acabó sitiado en Múтина (la actual Módena) por las tropas de Pompeyo. Este, al que el senado encargó aplastar la rebelión otorgándole un mando especial *pro praetore*, «como si fuera un pretor», aunque no era un magistrado oficialmente elegido, negoció con el comandante asediado y aceptó su rendición a cambio de respetar su vida. Confiado en ello y en la escolta que le ofreció Pompeyo, el padre de Bruto se retiró a una pequeña ciudad junto al Po. Sin embargo, al día siguiente apareció allí un tal Geminio, enviado por Pompeyo, que le dio muerte.

Aquel fue uno de los asesinatos por los que Pompeyo se ganó el apodo con que se referían a él en su juventud, *adulescentulus carnifex*, «el carnicero adolescente». Plutarco señala que mucha gente esperaba que Bruto tomara partido por César al principio de la guerra civil, por el recuerdo de su padre (*Bruto* 4), pero que se reconcilió con Pompeyo en aras de sus principios y por lo que entendía que era el bien común.

Bruto era más orador y político que militar, como demostraría años más tarde en el campo de batalla. Poseía una sólida formación en filosofía y retórica, disciplinas que, como muchos jóvenes de la élite romana, había perfeccionado en la mismísima Atenas. En cuanto a su pensamiento, era seguidor de Antíoco de Ascalón, un filósofo ecléctico que dirigió la Academia en la década de 70 y que amalgamaba en su pensamiento elementos platónicos, aristotélicos y estoicos.

Bruto gozaba de una gran reputación como hombre de carácter noble, modales graves y elevadas cualidades morales, lo que lo convertía en el rostro y la voz de la conspiración. En el caso del rostro, la expresión es literal: tras los idus de marzo se acuñaron monedas en una de cuyas caras aparecía el perfil de Bruto, mientras que en la otra se veían dos puñales, arma elegida por los conspiradores.

Hablando de monedas, la altura ética de Bruto se veía un tanto manchada por su amor al dinero: así podrían atestiguarlo los habitantes de Salamina, en Chipre, a los que a través de dos testaferreros llamados Escap-

cio y Matinio había prestado dinero que pretendía recuperar al exorbitante interés del 48 por ciento anual (Cicerón, *Át.* 5.21).

Si Bruto era de alguna manera el ideólogo, el filósofo, el republicano con ideales, su cuñado Gayo Casio Longino representaba el brazo ejecutor de la conspiración. Desde bien joven, Casio había demostrado que no se arredraba ante nadie y que estaba dispuesto a pasar de las palabras a los hechos, e incluso a prescindir de ellas si hacía falta.

En una ocasión su compañero de escuela Fausto Cornelio, hijo del dictador Sila, empezó a alardear del poder absoluto que había detentado su padre y aseguró que, cuando fuera mayor, asesinaría a sus enemigos recurriendo a las proscripciones como él. Indignado, Casio se levantó y le propinó un puñetazo en la cara. Según Plutarco, autor que narra la anécdota, esto demuestra que Casio odiaba a los tiranos de forma innata (*Bruto* 9). Ciertamente su gesto habría tenido más mérito de haberlo hecho en vida de Sila, hombre que no perdonaba una ofensa y que liquidó prácticamente a todos sus enemigos.

Casio también poseía formación intelectual —en su caso, abrazaba la filosofía epicúrea—, pero por lo que destacaba sobre el otro líder de la conspiración era por su experiencia militar. En el año 53 había servido en la malhadada campaña contra los partos comandada por Craso. Este, por lo general, hizo caso omiso de los atinados consejos tácticos de su subordinado; por ejemplo, el de no internarse en una llanura desértica y, en su lugar, seguir el curso del Éufrates, donde la expedición habría dispuesto de agua potable y transporte fluvial para los suministros. Como era de esperar, el calor y la sed acabaron causando casi tantos estragos entre las tropas de Craso como las saetas de los jinetes asiáticos.

Tras el desastre, al verse sitiado en Carras con las demás tropas, Casio logró reunir a diez mil hombres y se retiró con ellos a duras penas a Siria. Durante dos años defendió esta provincia contra los ulteriores ataques partos, ejerciendo en la práctica como si fuera un gobernador, aunque su cargo original era solo de cuestor.<sup>14</sup> En octubre de 51 cosechó

---

<sup>14</sup> No obstante, según Cicerón (*Át.* 5.21), Casio estaba alardeando de haber acabado la guerra contra los partos cuando la verdad era que estos se habían retirado de Antioquía por propia iniciativa.

una victoria significativa gracias a una emboscada en la que el propio general enemigo, Osaces, resultó muerto.

Durante la Guerra Civil, Casio abrazó el bando de Pompeyo y los *optimates*. Al mando de parte de su flota en Sicilia, logró causar estragos en las fuerzas navales enemigas. En el puerto de Mesina, aprovechando que el viento soplaba con gran fuerza, envió navíos de transporte sin tripulación, cargados de resina, brea y estopa, a los que previamente hizo prender fuego. Estos brulotes, al chocar con los barcos de César, propagaron las llamas y de esta manera destruyeron la flota cesariana, que constaba de treinta y cinco naves (César, *Guerra civil* 3.101).

Al final de la guerra, César perdonó a Casio, igual que hizo con tantos otros adversarios. No obstante, pese a que el indiscutible talento militar de Casio superaba al de Bruto, fue este último quien más privilegios obtuvo a la hora de los nombramientos. Aunque en aquel momento ambos desempeñaban el puesto de pretor —en teoría, les llegaría el turno de ser cónsules en 41—, existían diferencias entre sus competencias, ya que Bruto servía como pretor urbano y Casio como peregrino. El primero juzgaba a los ciudadanos romanos y el segundo a los extranjeros, lo que entrañaba que el urbano poseía mayor prestigio y, en la práctica, también disfrutaba de más poder.

Según Plutarco, César actuaba así para que los dos cuñados, picados mutuamente, se enemistaran y de este modo no se unieran contra él (*Bruto* 7). *Divide et impera*. Es posible también que desconfiara de Casio en mayor medida que de Bruto por considerarlo más capaz y, por ende, más peligroso.

Si la intención del dictador era malquistar a ambos hombres, no lo consiguió. Aunque públicamente simulaban distanciarse, en privado siguieron tratándose con cordialidad y se convirtieron, de hecho, en el núcleo de la conspiración.

Tanto Casio como los dos Brutos y el resto de los juramentados se consideraban a sí mismos *libertatores*, patriotas dispuestos a restablecer las libertades originales de la República. Se cometería un error, no obstante, dejándose llevar por las connotaciones de la palabra «república» y pensando que los conspiradores actuaban en nombre de una democracia al estilo moderno o que su idea de libertad era la misma que la nuestra

—si es que incluso hoy día existe acuerdo sobre un concepto tan elusivo y proteico—.

Básicamente, la libertad que decían defender los conjurados consistía en la posibilidad, limitada a ellos, de alcanzar cargos y disfrutar de honores y riquezas. Los más afortunados entre los ciudadanos romanos tenían la opción de convertirse en cónsules y obtener victorias militares que les permitieran desfilar por las calles de la urbe celebrando un triunfo, el mayor momento de gloria al que podía aspirar un romano. Pero este camino, el del denominado *cursum honorum*, estaba reservado casi en exclusiva a la élite del senado, formada por un puñado de familias que se relacionaban entre sí en un entramado de matrimonios y alianzas endogámicas.

### EL CURSUS HONORUM

La traducción más literal de esta expresión es «carrera de los honores», entendiendo «honor» como cargo público. Los romanos que optaban al *cursum honorum* empezaban muy jóvenes, ya que había que servir al menos en diez campañas militares; un requisito que con el tiempo empezaron a saltarse: los romanos eran tan proclives a dictar leyes y normas como a buscarles excepciones o burlarlas directamente. Aunque no era imprescindible ser elegido tribuno militar en esas campañas, sí ayudaba mucho a progresar.

A los treinta años<sup>15</sup> se podía optar al cargo de **cuestor**, con lo que se ingresaba automáticamente en el senado. Los cuestores es-



<sup>15</sup> Hay bastantes discusiones sobre la edad mínima que había que tener para presentarse a cada magistratura. No ayuda demasiado que las fuentes clásicas a veces no sean claras y que los romanos tuvieran la costumbre de infringir o retorcer a menudo sus propias normas. En el año 180 el tribuno de la plebe Lucio Vilio Anal presentó una ley que regulaba esas edades y que fijaba, asimismo, un mínimo de diez campañas de servicio en caballería o dieciséis en infantería como requisito para presentarse a las magistraturas superiores. Los límites teóricos eran 36 años para ser edil, 39 para pretor y 42 para cónsul. No obstante, el senado podía conceder dispensas para presentarse un par de años antes, como ocurrió en el caso de César. O, simplemente, hacer caso omiso de la ley.

taban encargados de administrar el erario, contratar las obras públicas, recaudar impuestos y llevar las cuentas del ejército. Siempre prácticos, los romanos opinaban que quienes iban a mandar legiones o gobernar la ciudad debían conocer las exigencias materiales y económicas de sus cargos hasta en sus más detalladas minucias.

El siguiente peldaño, para el que había que tener treinta y seis años, era el de **edil**, lo que significaba tener a su cargo el gobierno municipal: suministro de agua, limpieza de las calles y edificios públicos, provisión de alimentos y supervisión de mercados, etc.

Dentro de los ediles existía una jerarquía. Los de más rango eran los ediles curules, llamados así por la *sella curulis*, un asiento plegable con patas de marfil o bronce que se abrían formando una X y que era prerrogativa de los magistrados con *imperium*.

El concepto de *imperium* constituía el núcleo de las magistraturas superiores. ¿En qué consistía? Fundamentalmente, en el poder de dar órdenes y exigir que fueran obedecidas. Aparte de la silla curul, otra muestra visible del *imperium* de un magistrado era su escolta de lictores, fornidos guardaespaldas que llevaban al hombro las fasces, unos haces de varas de abedul o de olmo unidas con correas rojas que usaban para azotar a quienes se resistieran a la autoridad. Cuando estaban fuera del pomerio, introducían una cabeza de hacha entre las varas, ya que al salir del recinto sagrado de Roma los magistrados tenían la potestad de castigar con la pena capital.

Tres años después de desempeñar el cargo de edil, el político en ascenso podía presentarse al puesto de **pretor**. Los pretores ejercían principalmente de jueces, y cada uno de ellos tenía asignados seis lictores, el triple que los ediles curules. Poseían la facultad de convocar reuniones del senado y, cuando los cónsules estaban fuera de Roma, representaban la máxima autoridad dentro de la ciudad. En el último siglo de la república se nombraban ocho pretores, número que César había duplicado hasta dieciséis.

Por fin, a los cuarenta y dos años, quien hubiera superado todos estos peldaños —tribuno militar, cuestor, edil y pretor— podía

presentarse al consulado, cargo que, como el de pretor, era elegido por la asamblea popular de las centurias o *comitia centuriata*. Los dos **cónsules** elegidos cada año eran los magistrados de más alto rango de la República. Cada cónsul, que contaba con una escolta de doce lictores, podía vetar y obstaculizar las actuaciones de su colega, un mecanismo de control destinado a evitar que nadie acaparara demasiado poder y se convirtiera en algo parecido a un rey.

Como se puede comprobar, quienes alcanzaban el consulado y se convertían, por tanto, en la más alta autoridad habían adquirido a esas alturas, gracias a su ascenso por el *cursus honorum*, un conocimiento detallado y práctico de todos los engranajes del gobierno de la República: economía, intendencia, cuestiones municipales, justicia y, por supuesto, tácticas y estrategias militares.

Por lo general, se puede decir que la élite romana poseía una preparación adecuada para gobernar. Esto no garantizaba que no se produjeran en ocasiones casos flagrantes y sangrantes de ineptitud, como los del procónsul Servilio Cepión, principal responsable del desastre de Arausio, una de las mayores masacres sufridas por las legiones romanas (año 105), o del pretor Aulo Postumio Albino, que permitió que su campamento fuera asaltado a traición por las tropas de Yúgurta (año 109).

Los excónsules entraban a forma parte de un grupo escogido de familias, la *nobilitas*, condición que se extendía desde ese momento a sus descendientes. Entre otros privilegios, los nobles poseían el *ius imaginum*, el derecho a guardar en el atrio de sus casas *imagines* o máscaras en cera de sus antepasados, que además se exhibían en los funerales de los miembros de la familia.

Por añadidura al honor que legaban a sus descendientes, dentro del senado los excónsules formaban la élite de la élite, los llamados *consulares*. Poseían todo lo que un romano de alta cuna podía desear, y no hablamos tanto de poder o dinero —que normalmente no les faltaba— o de poder como de prendas intangibles y al mismo tiempo tan reales como la toga púrpura de un general triunfador; atributos espirituales que, sin embargo, ejercían efectos mate-



riales en quienes los rodeaban. *Dignitas, auctoritas*:<sup>16</sup> conceptos que han evolucionado en nuestro idioma convirtiéndose en dos palabras, «dignidad» y «autoridad», que se quedan cortas para transmitir la carga de tradición y el aura casi mágica que emanaban en latín.

Por eso los consulares eran los primeros, y a veces los únicos, en tomar la palabra en el senado; por eso los demás ciudadanos respetaban sus opiniones y buscaban su aprobación; por eso en una embajada que tratara asuntos realmente importantes debía viajar al menos un senador de rango consular. Esa era la razón de que los consulares se sentaran al mismo nivel que los reyes extranjeros o por encima de ellos. Ese el motivo por el que un consular como Cayo Popilio Lenas pudo trazar un círculo en el suelo con un sarmiento y ordenar a Antíoco, poderoso rey helenístico al frente de un ejército, que se quedara dentro de aquella cárcel trazada en el polvo hasta que no le diera una respuesta.

Obviamente, no todos los que empezaban el *cursus honorum* llegaban a consulares. Si cada año se elegía a veinte cuestores y únicamente a dos cónsules, la aritmética era sencilla: como mucho un 10 por ciento de los que empezaban alcanzaban la cúspide.

En paralelo a esta especie de zigurat que hemos explicado, quienes fueran de familia plebeya podían presentarse al puesto de **tribuno de la plebe** —una especie de ancestro del defensor del

---

<sup>16</sup> La *dignitas* podría traducirse como una suma y combinación de la reputación, la influencia y el estatus que poseía un aristócrata romano, que se heredaba de los antepasados y al mismo tiempo se acrecentaba —o deterioraba— con los propios actos. La *auctoritas* no equivale a nuestra autoridad en el sentido de poder —eso sería más bien *imperium*—, sino que se corresponde más con la tercera acepción del diccionario de la RAE: «Prestigio y crédito que se reconoce a una persona o institución por su legitimidad o por su calidad y competencia en alguna materia». En esa *auctoritas* se basaban los decretos del senado, los senadoconsultos, proposiciones que no eran leyes soberanas como las que se votaban en los comicios, pero que se obedecían por la enorme fuerza moral que poseía la institución senatorial.